

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *ESCRITOS SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ*¹

ARTURO DELHOYO

A la edad de uno, o para ser más claro, a mi edad, conviene hacer testamento, “dejarlo todo atado y bien atado”, como dijo el innumerable aquel. Pues uno, a lo largo de la vida, acumula algunos bienes materiales que ahí quedan, a la vista de todos. Sin embargo hay otros bienes no tan visibles, la conducta, los sentimientos hondos y ciertos rasgos que el tiempo, con su paso, a veces difumina, casi borra. Para evitarlo ideé la publicación de este libro, para dejar constancia de mi temprana y continua admiración por el gran poeta Miguel Hernández; para dar testimonio de ella. Muy generosamente, al conocer mi propósito, la Fundación Cultural Miguel Hernández, de Orihuela, dirigida por Juan José Sánchez Balaguer, decidió publicar estos escritos míos, con la inestimable colaboración de Aitor L. Larrabide, estrechamente vinculado a la Fundación Cultural Miguel Hernández, y de César Moreno, director de la Biblioteca Pública Fernando de Loazes, de Orihuela, que ha hecho de ella un centro de estudio y documentación hernandianos riquísimo, modélico. Por su generosidad y entusiasmo al apoyar mi idea, mi libro, expreso a los tres mi agradecimiento.

Y otro agradecimiento más: las invitaciones a los actos culturales suelen ser simplemente noticiosas, más o menos anodinas. La invitación a la presentación de mi libro no lo es: por la riqueza de los materiales empleados, su dignidad tipográfica y especialmente la belleza artística y emocionante del retrato de Miguel Hernández que la acompaña, realizado por Ricardo Zamorano. Debo recordar ahora que Ricardo Zamorano es autor, además, de uno de los grabados que componen la hermosa carpeta “Miguel Hernández”, de Estampa Popular de Madrid, realizada en tiempos todavía tenebrosos.

Este libro que ahora presentamos no contiene grandes novedades críticas o biográficas. Simplemente recopila diversos textos míos sobre Miguel Hernández y algunos documentos relacionados con él. Mi pretensión, ya lo he dicho, es puramente personal, dar testimonio de mi admiración constante, sentida desde mis años mozos, ante nuestro poeta.

Estaba entonces, cuando yo era muchacho, Antonio Machado, en su rincón, casi silencioso, sentado, retraído, contemplativo; estaba Juan Ramón Jiménez, en su mirador, ensoñándose; estaba Federico García Lorca, triunfante, lleno de vida, con sus compañeros de generación en su esplendor. Y llegó Pablo Neruda, como una fuerza telúrica. Recuerdo muy bien la mañana

en que García Lorca nos presentó a los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, en Madrid, a Neruda, el sonido melodioso y caedizo de los versos del chileno universal. Y apareció Miguel Hernández. Y tuvimos conciencia todos de que con él había surgido una nueva voz, una gran voz diferente en nuestra poesía. Es difícil hoy darse cuenta de la repercusión que tuvieron en aquellos días los poemas que Miguel Hernández publicó en las páginas de *Revista de Occidente*, en *Caballo Verde para la Poesía*, en el libro *El rayo que no cesa...* J.R.J., siempre avizorante en su página de *El Sol*, aunque con alguna reticencia, no tuvo más remedio que exclamar: “esto es lo excepcional poético”. Y siguió siéndolo con *Viento del pueblo*, en medio del estruendo de las armas, y con *Cancionero y romancero de ausencias*, a pesar de las prisiones, y aun en sus ultimísimos poemas, en su testamento poético. Y pareció que los tiempos de la inclemente represión y del silencio impuesto aclararían la voz del poeta. No, no fue así. En algunas páginas de mi libro refiero cómo poco a poco se produjo bibliográficamente la recuperación de la poesía de Miguel Hernández. Sin embargo hubo otras manifestaciones de esa recuperación, de las que no han quedado apenas huellas visibles. Por ejemplo aquí, en este Ateneo de Madrid.

Soy socio de este Ateneo desde octubre de 1934; contaba yo entonces 17 años. Todavía pude ver en la tertulia de la Cacharrería a Valle-Inclán, a Unamuno, a Ramón J. Sender; oír en su Salón de Actos a Pablo Casals, a Henri Barbusse, a André Malraux. Tiempos de esplendor a los que siguieron la negrura sotanesca del P. Mateos, la siniestra figura de Pedro Rocamora, el afán vengativo del coronel Vigón, la conducta inquisitorial de Sánchez Bella. Y sin embargo, en estos tiempos de oscurantismo, unos cuantos socios no dejamos de ser, de sentirnos libres. Recuerdo al poeta Ezequiel González Mas, al gran pintor y grabador José Ortega, al poeta Ramón de Garciasol, a los novelistas Vicente Soto y Juan Eduardo Zúñiga, al dramaturgo Lauro Olmo, al filósofo Antonio Rodríguez Huéscar, a los lingüistas Emilio Alarcos y Agustín del Campo... Pese a todo, en este Ateneo, entre nosotros, nos pasábamos copias mecanografiadas de los poemas últimos de Miguel Hernández. ¿Quién las hacía? ¿Quién las trajo? Me estoy refiriendo al segundo quinquenio de los años 40. Trabajaba yo entonces, como contratado, en la Hemeroteca Municipal, en la catalogación de periódicos y revistas. De allí saqué algunos poemas de Miguel publicados durante nuestra guerra, para que se publicaran en *Demócrito*, revista que se cicloestilaba en casa de Jaime Renart y que era órgano de una fantasmal Unión de Intelectuales Libres. Tuvo cortísima vida. Gracias al Conserje de la Biblioteca, un veterano de la guerra de Cuba, que avisó a Renart de que dos policías le estaban buscando, él pudo escapar y llegar a Bolivia y los demás, así, quedar a salvo. Para *Demócrito* saqué de la revista *Comisario* los poemas “Las puertas de Madrid” y “Madre España”, de Miguel Hernández.

Casualmente ha llegado a mis manos en estos últimos días un ejemplar de la revista *Comisario*, reimpresa facsimilarmente por la Junta de Extremadura. Lleva un estudio introductorio de José Luis García Martín, con interesantes notas sobre sus colaboradores. En uno de sus números, dedicado a recordar la defensa de Madrid, aparece un artículo de Manuel Llácer, per-

sona completamente desconocida para José Luis García Martín. Sin embargo este desconocido Manuel Llácer era el director silencioso de *Comisario* y anteriormente el director fundador de *La Voz del Combatiente*. A Manuel Llácer se debe gran parte de la propaganda impresa y artística producida durante la defensa de Madrid, y de manera especial la concerniente a la batalla de Guadalajara. Manuel Llácer era valenciano. Estudió arquitectura, junto con su gran amigo Miguel Abad Miró, en Madrid. Llácer, para *Comisario*, organizó un buen equipo de artistas, formado por los escultores Tónico Ballester y Pérez Contel y los pintores Carreño y Eduardo Vicente. A ese equipo se debe la calidad artística de *Comisario*. Apunto aquí estos datos por ser completamente desconocida la labor que Llácer y su mujer, Victoria Gil de Ramales, hicieron en este campo de la propaganda del Ejército Popular de la República española. Precisamente a ellos dos les debe el dato de que el retrato de Miguel Hernández al frente de *Viento del pueblo* fue hecho por Hermann Radunz, que trabajó como empleado en la llamada Librería Extranjera que hubo en la calle Caballero de Gracia. Según su testimonio, ese retrato está hecho con una cámara Rolleyflex, pero a muy corta distancia, de modo que el rostro de Miguel aparece algo deformado por el paralaje.

En fin, no quiero cansaros más. El libro que hoy os presentamos tal vez sea poca cosa en relación con la estatura humana y poética de Miguel Hernández. Tal vez no sea más que mi adhesión a unas palabras que, en carta que aquí reproduzco, me expresó Jorge Guillén: “Miguel Hernández es un poeta verdaderamente genial, el más “genial” después de Federico. Su vida y su obra conmueven hasta el asombro y el enmudecimiento humilde”.

Gracias a todos.

Ateneo de Madrid, 28 de octubre de 2003

¹ Nota del Coordinador: este texto sirvió como presentación al libro de Arturo del Hoyo *Escritos sobre Miguel Hernández*, publicado por la Fundación Cultural Miguel Hernández en 2003, en edición, prólogo y notas de Aitor L. Larrabide y César Moreno. Arturo del Hoyo falleció en su ciudad natal, Madrid, el 31 de marzo del presente año. La publicación de estas cuartillas es mi homenaje particular al amigo y hermandiano de primera hora.

